

FUENSANTA MUÑOZ CLARES

**U**NA vez conocí a un hombre que era inmensamente rico. Se llamaba como el apóstol vehemente, pero tenía más paciencia que el Santo Job, mayormente con las debilidades humanas, y hasta

propia persona, y éste es un raro don que se debe agradecer al Poderoso. Se alojaba en su humanidad una gran conciencia de la vida y de la muerte, de lo que es y de lo que debe ser, de lo que permanece en esencia y de lo



*Ilustración de Ramón Gaya*

incluso con la transitoria o permanente estupidez de algunos. Debía ser porque poseía todo aquello que en este mundo merece ser poseído, por lo cual he dicho que era rico sin límite.

Tenía un humor benévolo y comprensivo que envolvía todo cuanto miraba, incluida su

que pasa como verdura de las eras, y éste es también un raro don que debe ser agradecido al trabajo que se tomaba en observar el mundo sin su velo apariencial, y, en último caso, al Poderoso que lo dotó con un par de ojos agudísimos y esa discreción de sabio que respeta lo uno y discierne lo vario.

Como servidor de la vida y esclavo de la muerte, gustaba del agua que fluye mansa en la pequeña fuente y de los aromas de un huerto para arrullar su reflexión y dar un fondo sensual y melancólico a la calidez de su alma musulmana. Y lo que poseía de hecho, aquello que constaba, como dice el pueblo y él mismo hubiera dicho, en los papeles, lo poseía como en usufructo, sapiente de la transitoriedad de cualquier paraíso terrestre, aguardando la eternidad de un paraíso que en nada o apenas se diferenciaría del que aquí ya gozaba.

Poseía unos gatos zalameros que eran el signo sensible de cierta parte de su alma, y a los que clasificaba con verdadera erudición felinológica. Si todo lo que poseía producía en mí siempre lo que se llama santa envidia, es decir, admiración perpleja, deseos de emulación y reconocimiento de la pobreza propia, esto de los gatos y su certera clasificación era para mí lo más admirable.

No tomándolo nadie a fatuidad mía, me quiero honrar con las cosas que por mí hizo. Tengo en el mayor precio que me llamara en repetidas ocasiones “abubilla”. Puede causar regocijo tal nombre, pero yo sabía que las abubillas fueron acariciadas por el rey Salomón, a consecuencia de lo cual les creció entre el plumaje de la cabeza ese bello airón que las ennoblece, y con aquel adorno se les transmitió la sabiduría proverbial de aquel rey bíblico. Y también en gran estima tengo la hierbabuena con que un día me obsequió, los cincuenta palitos de milenrama que nos dio para consultar un libro sapiencial, el cándido aroma de los jazmines de su huerto, una danza a la luz de la luna y su voz íntima cantando un cuplé de antaño.

Con éstas y otras muchas cosas de gratisi-

ma memoria nos recibía en su huerto y en su casa, siempre dispuesto a la conversación apacible, a la sonrisa irónica y a la gracia popular. Narraba con la naturalidad del pueblo anécdotas propias y ajenas, e interpretaba todo cuanto contaba con la sencillez y el certero laconismo del aristócrata campesino. Nada de lo humano le era ajeno; nada le escandalizaba sino la crueldad y la obcecación fanática.

Alguna vez lo recibí en mi casa, quizás con el sentimiento de no poder corresponder debidamente a todo cuanto él me ofrecía. Y cuando así se lo dejé entrever, me mostró mis propias riquezas que para mí habían pasado inadvertidas: unos cantos sefarditas que un amigo me había grabado, una niña que escuchaba atenta “La flauta mágica”, el calor de una mesa de camilla... Comprendí entonces que me mostraba cómo el sentimiento posesivo nos resta el placer de lo poseído y cómo hay que extrañarse y desprenderse de todo lo que nos rodea para entender cuán valioso es para nosotros.

Cuando iba preparando su largo viaje, vino a despedirse. No quiso dejar ni un cabo suelto. Nos dedicó sus obras con un lápiz morado que por allí había y se admiró de la modesta biblioteca. Lamentó no disponer de tiempo para venir a estudiar. Él, que se disponía a emprender el camino final de la sabiduría. Se fue. Ya no volvimos a verlo. Si alguien puede hablarle que le diga de parte nuestra que añoramos todo lo que nos daba, que se nos quedó algo a medio hacer y que puede venir a estudiar nuestros libros cuando quiera. Seguro que comprenderá, que sonreirá irónicamente y que dirá para sí que soy una abubilla.